



***Missions and World Civilizations,*
Lorna Arroyo & Miguel Márquez,
Valencia, Arroyo y Márquez Eds. &
Unesco Club Heritage, 2014, 309 pp.**

Son muchas las veces que el periodismo se ha acercado hasta los países más empobrecidos dejando de lado todo código deontológico para mostrarnos la cara del hambre y la vergüenza del subdesarrollo al que se ha condenado a buena parte de la población mundial; numerosas las ocasiones en las que maratones televisivos de distinta producción se han aproximado a historias protagonizadas por personas de países lejanos, de otro color de piel, para apelar así a nuestras emociones más viscerales y solicitarnos contribuciones económicas con las que paliar los efectos de desastres naturales que no hubieran resultado tan letales de no darse en territorios sometidos a una miseria que en absoluto es fruto de la naturaleza; y también demasiados los momentos en los que tertulianos de distinto signo osan hablar de la situación de cualquier territorio que la coyuntura internacional haya lanzado a la primera línea de la actualidad como auténticos expertos, pese a que tal vez nunca lo hayan pisado e, incluso, les cueste localizarlo en un mapamundi. Huir

de esas habituales carencias y tristes excesos distingue a *Missions and World Civilizations*, una completa obra fotoperiodística en la que Lorna Arroyo y Miguel Márquez recogen una excelente selección gráfica que resume su responsable y comprometida inmersión en cuatro de los países en los que más difícil resulta hoy construir un proyecto de vida digno, todo ello no con el deseo de denunciar ni agitar conciencias sino de ilustrar que el cambio, además de deseable, es posible.

India, Tailandia, Malí y Haití son los cuatro territorios recorridos por Arroyo, que además de fotógrafa es doctora en Comunicación y profesora universitaria, y Márquez, que cuenta con más de veinte años de experiencia como profesional en la captura y tratamiento de la imagen. La pareja visitó estos cuatro países a lo largo de cinco años y el resultado es un conjunto de ilustraciones en blanco y negro editado en una obra de alta calidad que cuenta con el apoyo del Club UNESCO y que ha sido prologada por los profesores Javier Marzal y Hugo Doménech. La realidad retratada en estas páginas tiene el poder impactante que no surge de lo dramático sino de lo auténtico. Y es tan imponente que incluso se apoderó del objetivo inicial de Arroyo y Márquez, que realmente no contaban con dar vida a esta iniciativa cuando pisaron suelo indio en 2007 con la intención de tomar imágenes de la bella Benarés, la ciudad de la luz. Cambio de planes. La atracción de lo humano se adueñó de sus focos y, pese a que ellos confiaban en que los rituales hinduistas serían el protagonista principal de sus negativos, las calles de la ciudad pasaron a primer plano. A partir de ahí, ambos compartieron una hasta entonces inimaginable experiencia que les permitió acompañar diferentes misiones desarrolladas por entidades religiosas —las civiles, explican, no aceptaron que se testimoniase su labor— en su incansable tarea por mejorar el presente de quienes están rodeados de dolor y desesperanza.

Esa es, pues, la clave del proyecto: demostrar a golpe de fotografía que la mejora en la vida de las personas azotadas por la violencia política y natural es una realidad, pues así lo certifican los resultados logrados por la entrega de los misioneros y misioneras de diferentes órdenes religiosas. Arroyo y Márquez explicitan el agra-

decimiento a todos ellos, a quienes dedican el libro, en los textos que abren cada uno de los cuatro capítulos en los que se divide la obra. Y en las imágenes, esa gratitud revela también admiración. Las fotografías tomadas en la Fundación Baan Marina, en la que las misioneras del Sagrado Corazón de Jesús y María ofrecen formación a cientos de niñas tailandesas que, de otro modo, habrían sido presa de las redes de prostitución infantil o las ilustraciones que retratan los centros a los que Cáritas Malí intenta llevar a los llamados «niños de la calle», víctimas de la desidia, las drogas y la enfermedad, muestran una mirada que relata un trabajo silencioso que fascina por su potencial transformador.

Sin embargo, *Missions* va mucho más allá de una documentación fotográfica del trabajo de las misiones, por más que esa fuera su pretendida voluntad original. El trabajo es, sobre todo, un testimonio de una realidad que trasciende a la de las tareas efectuadas por los grupos con los que Arroyo y Márquez han convivido en los diferentes países. Las fotografías eliminan los miles de kilómetros que nos separan de estos entornos para desembarcarnos ante la vida aprehendida en un instante, pues el dolor que en efecto está presente en muchas de las tomas aparece como una parte más de un devenir que, en el momento capturado, lo es todo para cada una de las personas fotografiadas. También hay muerte. Cómo no. Pero se muestra junto a la expresión vital de quienes la tienen incorporada a su cotidianidad. Es un contraste que no solo está en el siempre poderoso blanco y negro en el que se imprime la obra sino que también inunda las historias que en ella se exhiben, relatos que van desde el fluir que reconocemos en las aguas de los ríos Ganges o Níger hasta el recogimiento de un rezo ante una divinidad budista, que recorren la vida desde las abarrotadas calles de Bangkok tomadas por un asfixiante tráfico hasta la pausa de aquel que ya solo aguarda la muerte, echado en una callejuela de Benarés o abandonado en la desangelada sala de espera del Hospital General de Puerto Príncipe. Son estas, junto con las fotos de los enfermos mentales ingresados en un centro de misioneros franceses en Haití, probablemente las imágenes más desgarradoras de la obra, las de los olvidados entre los

olvidados. La dualidad de la vida y la muerte, de la muerte como elemento presente de la vida, como reconocemos en esa imagen en la que unos niños se bañan en el Ganges entre cadáveres que han sido arrojados al río sin previa incineración al considerarlos almas puras.

El reportaje fotográfico se debate también entre otros polos, entre el del trasiego de la comunidad en los mercados de Salomón (Haití) y Bamako (Malí) y la mirada individual, el rostro en primer plano, especialmente de niños, que miran interrogativos hacia la cámara, como preguntándose si la técnica será capaz de reflejar mejor su esperanza o su dolor. Las escenas rurales de los poblados del norte de Tailandia encuentran su antagonista en las iluminadas calles de la capital del país mientras que lo exótico de la vendedora que ofrece roedores guisados en un puesto ambulante o de las mujeres padaung («mujeres de cuello de jirafa») desciende a lo más natural cuando observamos a una madre amamantar a su hijo aprovechando un descanso en su jornada de trabajo en el Níger o a un grupo de pequeños jugando al fútbol en el centro que la fundación La Main Divine tiene en Haití.

Son relatos que Arroyo y Márquez narran con maestría desde el convencimiento, aseguran, de que cuando uno es fotografiado no quiere simplemente ser retratado sino ser escuchado, sentirse considerado. Y así logran introducirnos en un mundo distante y, en algunos sentidos, distinto al nuestro, cuyas particularidades ofrecen un bello resultado visual que permite ser disfrutado y comprendido gracias a los numerosos fragmentos textuales con los que los autores contextualizan y precisan el significado de algunos momentos y prácticas culturales, como la ceremonia Ganga Aarti en Benarés o las danzas Donsow en Kati.

Las historias que nos regala *Missions* a veces se advierten tras la lágrima que recorre la mejilla de un niño apoyado en un árbol de la rural área del Cercle de Kolokani o tras las manos entrelazadas de dos pequeñas caminando entre los escombros de Puerto Príncipe. Otras veces, el relato se compone a partir de una secuencia de imágenes que, conjuntamente, nos hablan del trabajo en las escuelas levantadas por las misiones o de la vida

de las tribus del norte del antiguo Reino de Siam. India, Tailandia, Malí y Haití se descubren así ante nosotros, mostrando evidentes diferencias pero, también, revelándonos que la desigualdad se disfraza de los mismos fantasmas independientemente del país, todos atenazados por la falta de agua, los abusos sexuales o el impacto de enfermedades como el sida. No es el único común denominador de estas realidades. No parece casualidad que Arroyo y Márquez escojan la historia de dos niños para arrancar el texto con el que inician su obra. Los pequeños, en los que se concentran la mayoría de amenazas y también los que proyectan mayor esperanza, y las mujeres, siempre al frente de la responsabilidad y del trabajo ya sea desde la dirección de los mercados haitianos o como pilar fundamental de la familia india, son el principal foco de atención de ambos fotógrafos en cada uno de los países.

Pero *Missions* no solamente nos habla de estos pueblos. Las miradas de muchos de los sujetos retratados –escuchados– en estas páginas parecen ser un espejo incómodo que también nos devuelve una imagen de nosotros, acomodados en una realidad que disfrutamos a costa de la miseria de la que ellos luchan por salir. Los occidentales, pues, también ocupamos espacio en estas páginas. Estamos en los talleres textiles de Tailandia subcontratados por opulentos empresarios de los países ricos. Nos duele reconocernos en las historias de las

pequeñas prostituidas en Bangkok, para el enfermo disfrute de turistas occidentales. Avergüenza observar que las millonarias ayudas destinadas a Haití desde el Primer Mundo no han acabado con un país que se sostiene en ruinas. Por suerte, también las misiones que luchan por la salud, la educación y el porvenir de estos pueblos nos reconcilian con lo mejor de nosotros mismos.

El trabajo que Arroyo y Márquez recogen en *Missions* bien podría haber ocupado las páginas de las revistas que fueron referentes del mejor fotoperiodismo, como *Vu* o *LIFE*. El manifiesto que este magazine publicó en su primer número en 1936 recobra vigencia con el trabajo de *Missions*: «Ver la vida, ver el mundo (...), contemplar el rostro de la pobreza y los gestos del orgullo; (...) ver cosas que ocurren a miles de millas de distancia, (...) las mujeres que aman los hombres y muchos niños; ver y gozar con lo que se ve; ver y divertirse; ver y ser instruido». La misión de ilustrar realidades no siempre abordadas desde el rigor y el compromiso justifica sobradamente la publicación de esta obra, en la que las fotografías no se recrean en el dolor sino en la vida, aunque también esta pueda rodearse de desconsuelo. Es la captura del instante vital y el convencimiento de que la pelea por el futuro debe ser el objetivo al que debemos enfocarnos.

Adolfo Carratalá
UVEG